

VERANO, CARNAVAL Y DOS ESCRITORES ARGENTINOS

Por HEMILCE CÁRREGA

Buenos Aires, 1964.

EL verano está en su apogeo. La ciudad soporta el peso de jornadas bochornosas y por las calles, bajo el sol tenaz, estallan los niquelados encogedores de los vehículos. Un vaho infernal asciende del pavimento y allá, en lo alto, las cornisas resplandecientes de los edificios de mil ventanas se incrustan en el purísimo azul del cielo. Desde la claridad insoportable de las aceras aparece como un lugar de promisión el interior de los bares, donde se destapan, sin cesar, botellas de bebidas refrescantes al amparo de gigantescos ventiladores de cara redonda. Bajo la arboleda de una plaza alguien se sienta, con el saco en la mano, esponjándose la frente y el cuello con el pañuelo, dispuesto a hurgar con la vista más allá del follaje, para hallar la presencia de la nube anunciadora de lluvia. Unas cuerdas abajo, el río descomunal estira su intensa modorra y algún velero, lejos de la costa, pasa deslizándose por el horizonte su silueta

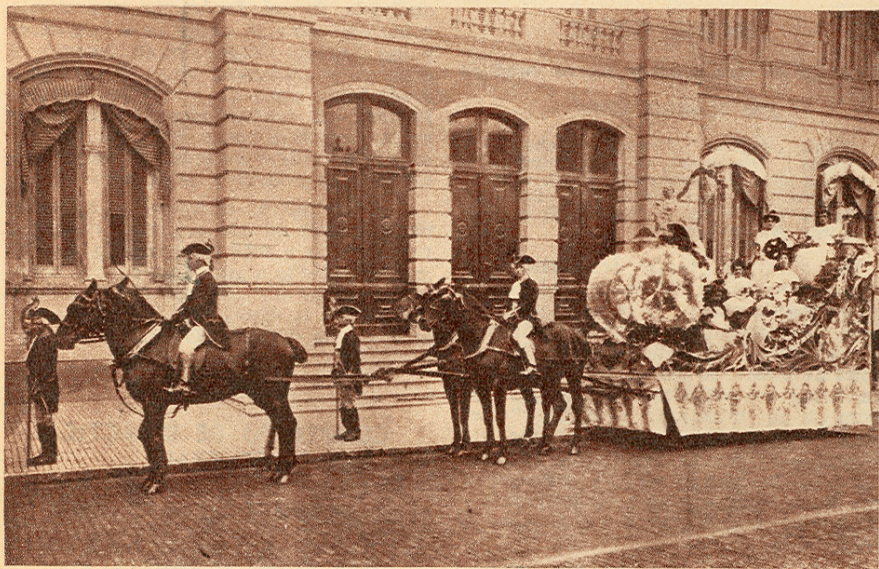
hablábamos. Las páginas de "León Zaldívar" evocan el carnaval porteño, un carnaval que si bien pudo haber tenido su poco de malo, todavía no se presentaba con las máculas de esos que hicieron decir a Ezequiel Martínez Estrada que "... la serpentina que se tira, lleva, en su oferta risueña, la puntería de la pedrada". No obstante el pesimismo con que podía verlo León, el protagonista, joven que por las calles del sur de nuestra ciudad huía del infierno del corso, el carnaval de "León Zaldívar" es una fiesta popular de sano regocijo en el que la serpentina, más que desembocar en piedra, parece abrirse en flor transmisidora de requiebros. Es la serpentina que lleva el mensaje silente de todo aquello que los labios no se atreven a decir. Leemos en esta novela de Ocantos: "Era el lunes de Carnaval, y desde Lorea a Perú y de Victoria al Retiro la muchedumbre se apiñaba compacta en las aceras; los felices que ocupaban primera fila y veían pasar el abigarrado cortejo de lujosos carruajes, carros cargados de máscaras

Especial para "La Prensa"

Joaquín V. González

Mayor vigor descriptivo, mayor ánimo de inquirir por la esencia de esta fiesta, encontramos en la certera evocación de la misma en nuestros medios provincianos, que nos ha legado Joaquín V. González en uno de los capítulos de su libro "Mis Montañas", de 1893. Se trata del titulado "La chaya", nombre con que se designa al carnaval en las provincias del noroeste argentino, donde ha llegado a ser una de las fiestas más originales entre todas. González se refiere a estos festejos tradicionales y cuenta que los preparativos de los mismos coinciden, en su terruño riojano, con la recolección de la algarrroba, en momentos en que los primeros calores han despertado de su amodorramiento a las chicharras y al coyuyo. Por esa época "... el carnaval se acerca con el semblante pintorreado y hendidido por arrugas de risas retonzonas..." y en todos los pueblos del valle se advierten los preparativos para formar comparsas. Muchos son los que aprenden versos de memoria; los que atusan el caballo preferido; los que se acercan de nuevo al tambor y colman el noque de aloja, en tanto las muchachas almidonan sus ropas. En algún rincón se empiezan a preparar, para ser vendidos, grandes acopios de almidón perfumado con clavo de olor, uno de los elementos infaltables en el carnaval de esas regiones. Almidón que será arrojado a la cabeza de alguien para que le corra por el cuerpo, blanqueándolo todo"... y no habría palabras para pintar el íntimo contento que embarga a aquellos paisanos al verse cubiertos de polvo blanco por la mano delicada de la chinita embestidora, que no abandona la presa hasta que ha logrado refregarle la cara y cegarle los ojos, dejándola convertida en una máscara". Y nadie se limpiará el rostro porque es el honor del juego exhibirse todo el día y en todo lugar con ese atuendo curioso que representa el almidón. El autor habla también de los ramitos de albahaca que en estos días adornan sombreros de galanes, vestidos de damas y hasta cabezas de caballos. Almidón y albahaca que también cita Lugones al comienzo de "Al rastro", uno de los capítulos de "La Guerra Gaucha", cuando nos habla de un jinete que, pensativo, regresaba de algún cercano carnaval ostentando en el sombrero "el almidón sahumado con albahaca, que las mozas le arrojaron..."

Estas páginas de Joaquín V. González guardan el recuerdo de una escena presenciada por el escritor en el patio de un rancho de las orillas de un pueblo, donde hombres y mujeres, entre bebidas, risas y música celebraban la chaya. La diversión estaba en lo mejor cuando unos mozos fornidos llegan al lugar cargados con una enorme tinaja que incita a beber. Se bebe, pues, con avidez y se reinicia la lucha a puñados de almidón y harina, hasta que uno de los músicos ocupa un banco en el centro de una rueda de gente que empieza a girar lentamente en torno de aquél, cantando al compás de un tamboril una especie de candombe. Pero no es esto lo que ha permanecido imborrable en



Carroza alegórica de un carnaval de fines de siglo

impregnada de blanco. El sol no cede.

De pronto, un día, un collar de caretas colgadas detrás de los cristales de un escaparate sorprende a los transeúntes que no han podido refugiarse en las playas rumorosas o en las serranías umbrosas, y esos rostros disparatados les hacen olvidar, por un instante siquiera, la pesadez de los días que corren. Las bocas enormes, abiertas en risa trágica; las narices desaforadas; las mejillas inflamadas de rojo, se ubican, entonces, a la vera del camino diario y adelantan días de holgorio. Y cuando menos se espera, al doblar en una esquina o al descender de un ómnibus, un puño se abre y hace estallar el aire de la noche cálida con el estampido multicolor del papel picado. El carnaval ha vuelto. Viene de lejos.

De muy lejos llega el carnaval. Algunos lo encuentran ya demasiado viejo y muy cambiado. Tan cambiado que casi no parece el mismo de otros tiempos.

La mayoría comenta que está desmejorado y que la muerte parece rondarlo. Pero aunque envejecido, transformado y de mal aspecto, el carnaval no teme retornar y, con la constancia de un amigo fiel, irrumpe año a año, desflecando la monotonía cotidiana en colores brillantes. Entonces alborota y regocija a muchos. Entonces, también, entristece, deprime o hace refunfuñar a otros que, cansados de querer explicar-

inverosímiles, los embetunados negros de las comparsas y las charangas aturdidoras sufrieron el codear y el empuje de los aburridos de atrás, que, a la vez, se veían envueltos, cuando no arrasados, por la ola de gente que de cada bocacalle se precipitaba en el corso. En los balcones y ventanas, portales y azoteas, las cabezas se confundían; en los balcones, festoneados de guirnaldas y cenefas blancas y azules, las bellas de los salones y los elegantes de Palermo; en los portales las criaditas retonzonas y los dependientes desocupados". Más adelante prosigue Ocantos: "Se oyen bromas, agudezas y salidas sosonas a granel. Pasa un pobre hombre de falda y miriñaque, sombrero de copa y paraguas en esqueleto; los chicos aúllan a su alrededor, le tironean y le silban, mientras él da cada manotada de aho-



tas colgadas detrás de los cristales de un escaparate sorprende a los transeúntes que no han podido refugiarse en las playas rumorosas o en las serranías umbrosas, y esos rostros disparatados les hacen olvidar, por un instante siquiera, la pesadez de los días que corren. Las bocas enormes, abiertas en risa trágica; las narices desaforadas; las mejillas inflamadas de rojo, se ubican, entonces, a la vera del camino diario y adelantan días de holgorio. Y cuando menos se espera, al doblar en una esquina o al descender de un ómnibus, un puño se abre y hace estallar el aire de la noche cálida con el estampido multicolor del papel picado. El carnaval ha vuelto. Viene de lejos.

[De muy lejos llega el carnaval. Algunos lo encuentran ya demasiado viejo y muy cambiado. Tan cambiado que casi no parece el mismo de otros tiempos. La mayoría comenta que está desmejorado y que la muerte parece rondarlo. Pero aunque envejecido, transformado y de mal aspecto, el carnaval no teme retomar y, con la constancia de un amigo fiel, irrumpie año a año, desflecando la monotonía cotidiana en colores brillantes. Entonces alborota y regocija a muchos. Entonces, también, entristece, deprime o hace refunfunar a otros que, cansados de querer explicarse el porqué de esa singular manía de disfrazarse para aparecer siendo lo que en verdad no se es, desean escapar del bullicio de matracas, cornetas y murgas irreverentes. Porque hay quienes, como el dueño de Platero, aquel borriquito inolvidable del libro de Juan Ramón Jiménez, no sirven para estas cosas. Es cierto. Platero tampoco servía para participar de estas fiestas. Ni él ni su amo estaban cómodos, aquel lunes de carnaval, en la plaza del pueblo, donde "... unas mujeres vestidas de locas, con largas camisas blancas y guirnalda de hojas verdes en los negros y sueltos cabellos..." habían girado en torno del animalito. No quieren saber nada con las risas, las coplas, las panderetas y las máscaras.

Carlos María Ocantos

El carnaval que aparece en "Platero y yo", el tierno libro del español Juan Ramón Jiménez, trae a nuestra mente el recuerdo de páginas de escritores argentinos en las que se evocan las carnestolendas, según estampas que nos dan una visión del carnaval, apreciado tanto en el medio porteño como en el provinciano. Entre aquéllas en que ha quedado grabado el perfil de las celebraciones de carnaval en el Buenos Aires de fines del siglo pasado, existen unas casi desconocidas que fueron escritas por Carlos María Ocantos, uno de los primeros cultores de nuestra novela, autor de una serie de veinte tomos de Novelas Argentinas. El primero de los volúmenes de esa colección, "León Zaldívar", apareció en 1888. Es en él donde hallamos una de las estampas de que

didoras sufrían el codear y el empuje de los aburridos de atrás, que, a la vez, se veían envueltos, cuando no arrastrados, por la ola de gente que de cada bocacalle se precipitaba en el corso. En los balcones y ventanas, portales y azoteas, las cabezas se confundían; en los balcones, festoneados de guirnalda y cenefas blancas y azules, las bellas de los salones y los elegantes de Palermo; en los portales las criaditas retozonas y los dependientes desocupados". Más adelante prosigue Ocantos: "Se oyen bromas, agudezas y salidas sosonas a granel. Pasa un pobre hombre de falda y miriñaque, sombrero de copa y paraguas en esqueleto; los chicos aúllan a su alrededor, le tironean y le silban, mientras él da cada manotada de aho-

mozas le arrojaron..." Estas páginas de Joaquín V. González guardan el recuerdo de una escena presenciada por el escritor en el patio de un rancho de las orillas de un pueblo, donde hombres y mujeres, entre bebidas, risas y música celebraban la chaya. La diversión estaba en lo mejor cuando unos mozos fornidos llegan al lugar cargados con una enorme tinaja que incita a beber. Se bebe, pues, con avidez y se reinicia la lucha a puñados de almidón y harina, hasta que uno de los músicos ocupa un banco en el centro de una rueda de gente que empieza a girar lentamente en torno de aquél, cantando al compás de un tamboril una especie de candombe. Pero no es esto lo que ha permanecido imborrable en



NOCHE DE CARNAVAL, óleo de José Antonio M. Borza, que pertenece al Museo de Bellas Artes de la Boca

gado y cada palo de ciego que no tardan en dispersar al grupo. Más allá una cuadrilla de pilluelos vestidos de mojiganga arma el gran escándalo con música de cacerolas, y pasa una legión de diablos a caballo, con mucho rabo y poco cuerno, un tridente en la diestra con el que amenazan atenacear a todo el mundo...". Y comenta luego el autor: "Entre las patas de los caballos y las ruedas de los coches, silencioso, se arrastra como una culebra el pequeño vendedor de pomos vacíos, recogiendo cuidadosamente los pedazos de plomo o estaño estrujado...". Hasta aquí, pues, aspectos del carnaval porteño visto a través de la obra de Carlos M. Ocantos.

el ánimo de González, sino el hecho de que ese hombre, a quien cercaban los demás, gradualmente se va emborrachando bajo los efectos del vino que le arrojan los que rondaban a su alrededor y concluye rodando como una bestia, en medio de alaridos salvajes que festejan su derrumbe. Hasta lo arrastran por el suelo, lo pisotean y dan vuelta, sin que él reaccione, puesto que el alcohol lo ha sumido en un estado que parece confundirse con el de la misma muerte. Siempre González habría de recordar a ese pobre indio ebrio, desfigurado por el lodo, envilecido por el vino, tirado junto al tamboril enmudecido. El carnaval se ha convertido, así, en la fiesta de lo brutal, lo grosero, lo repudiable, confundiendo en sí lo bueno y lo malo, la sana alegría y la diversión que rebaja. Ha llegado a ser la manifestación de instintos contenidos, desatados en crueldad y hostilidad. Por eso González comenta en las líneas finales del capítulo: "Pasó la Chaya montañesa, y allá, como en las ciudades, todo se ha confundido: la más alta y etérea poesía de la naturaleza y de las almas inocentes, con la prosa descarnada, con la barbarie impúdica, con las desnudeces y las groserías de la bestia".

La visión del carnaval que nos transmite Joaquín V. González penetra más a fondo en el espíritu de esta fiesta que la que debemos a Carlos M. Ocantos. Aquél, interesado en desentrañar el significado de costumbres, ideas embrionarias y ritos propios de los pobladores de su tierra riojana, ha estampado con destreza los aspectos sobresalientes de la jornada chayera, revelando singular talento descriptivo. Éste, en cambio, nos ha brindado una acuarela de innegable colorido, cuyo significado medular no aflora de sus contornos. Ambos, de todos modos, han manifestado en sus libros el interés despertado por la celebración del carnaval, pintoresco feriado que nos sorprende, en nuestras latitudes, cuando el verano clava sus plantas de fuego en la ciudad y los campos.



LA MURGA, por Nicanor Polo. Otro cuadro del Museo de la Boca